

LECTURAS EN MEDIOS POPULARES. DEL DISCURSO A LAS PRÁCTICAS

Reading in popular backgrounds. From the discourse to practice

Jean-Louis GUEREÑA* y Alejandro TIANA FERRER**

* *Universidad François Rebelais, Tours*

** *Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid*

Fecha de aceptación de originales: Enero de 2002

Biblid. [0212-0267 (2001) 20; 25-39]

RESUMEN: La influencia que ejerció la educación popular sobre la expansión de la lectura fue consecuencia de dos líneas de acción complementarias, que merece la pena analizar separadamente. Por una parte, se pusieron en marcha diversas clases de adultos, que tuvieron una intención generalmente alfabetizadora. En segundo lugar, se promovieron diversas iniciativas con la intención de fomentar la lectura entre las clases obreras y campesinas, ocupando las bibliotecas populares un lugar destacado en ese contexto, pese a sus deficiencias. La confluencia de ambas líneas de actuación explica el impacto que llegó a tener la educación popular sobre la expansión de la lectura.

PALABRAS CLAVE: Alfabetización, bibliotecas, cultura, educación popular, lectura, sociabilidad.

ABSTRACT: The influence of popular education on the progress of reading resulted from two complementary ways, that required to be analysed separately. On the one hand, appeared various adult classes, whose purpose was generally literacy. On the other hand, several initiatives were promoted to encourage reading in working and peasant classes. In this context, popular libraries occupy an important place, in spite of their deficiencies. The confluence of these two ways explains the impact of popular education on the development of reading.

KEY WORDS: Culture, libraries, literacy, popular education, reading, sociability.

EN EL SIGLO XIX, tiene lugar una novedad histórica destacable, que consiste en la génesis de los sistemas educativos nacionales. La constitución de esos aparatos escolares contribuyó en buena medida a la expansión masiva de la lectura, dado que su enseñanza ocupó tradicionalmente un lugar central en el

currículo de la escuela primaria. Si bien es cierto que algunos países europeos habían conseguido importantes tasas de alfabetización en siglos anteriores por canales externos a la escuela, en la mayoría de ellos, y ciertamente en España, la generalización de la instrucción primaria fue el más poderoso agente alfabetizador y de difusión de la lectura¹.

No obstante, hay que subrayar que la expansión de los sistemas educativos no fue sencilla ni se llevó a cabo sin contradicciones. El logro de la generalización efectiva de la enseñanza primaria exigió períodos de tiempo muy dilatados, dejando al margen de los prometidos beneficios educativos a amplias capas de población. Dicha situación fue denunciada por muy diversos agentes, que pusieron en marcha diferentes iniciativas para atender educativamente a los sectores sociales que quedaban fuera de la escuela².

Contrariamente a lo que sucedió en otros países europeos, el siglo XIX se acabó pues en España sin haberse logrado el proceso de instrucción popular previsto no obstante en la legislación de mediados de siglo. ¿Era España un país de analfabetos? Los indicios del subdesarrollo educativo español, paralelo al desfase económico que conocía entonces España con relación a sus vecinos europeos, pueden resumirse en efecto en la persistencia de un bloque aparentemente irreductible de analfabetos a lo largo del período examinado (unos doce millones de españoles), esa «llaga social» según Laureano Figuerola en 1876³, o aquella «losa de plomo» a la que se refería Adolfo Posada en 1904⁴, freno evidente para el desarrollo y obstáculo de peso de cara al progreso. Permanecieron asimismo durante esta misma época altas cuotas de analfabetismo, de lenta aunque constante reducción durante la Restauración: 72% en 1877, 68% en 1887, 64% en 1900, y 59% en 1910 (porcentajes calculados sobre la población global).

Tras recordar las huellas del analfabetismo, plantearemos los ámbitos de la educación popular, analizando a continuación las dos líneas de acción complementarias que señalan la influencia que ejerció la educación popular en la expansión de

¹ GUEREÑA, Jean-Louis: «Infancia y escolarización», en BORRÁS LLOP, José María (ed.): *Historia de la infancia en la España contemporánea 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1996, pp. 347-458. Sobre la historiografía y los problemas relacionados con el estudio de la alfabetización, ver VIÑAO FRAGO, Antonio: «Analfabetismo y alfabetización», en GUEREÑA, Jean-Louis; RUIZ BERRIO, Julio y TIANA FERRER, Alejandro (eds.): *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Madrid, CIDE (Investigación, 92), 1994, pp. 23-50.

² Sobre las nociones de «exclusión», y de «demanda», ver GUEREÑA, Jean-Louis: «Scolarisation et demande populaire d'instruction», en GUEREÑA, Jean-Louis; FELL, Ève-Marie y AYMES, Jean-René (eds.): *Matériaux pour une Histoire de la scolarisation en Espagne et en Amérique latine (XVIII^e-XX^e siècles)*, Tours, Publications de l'Université de Tours (Série «Études Hispaniques», vol. X), 1990, pp. 3-34, y «Prácticas culturales de las clases populares en la España contemporánea», en BARRULL PELEGRÍ, Jaume y BOTARGUES PALASÍ, Meritxell (eds.): *Història de la cultura: producció cultural i consum social*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, 2000, pp. 467-485.

³ «En todas partes», prosigue, «la mancha negra de la ignorancia enciérrase y circunscríbese en límites más estrechos, y la frente sonrojada se abate cuando sólo vemos cerca de nosotros a la Rusia y la Turquía, mientras envidiamos la distancia recorrida por todos los Estados alemanes, la Bélgica, la Holanda y Suiza, y ni aun nos es dado salvar el espacio que nos separa de Francia» (FIGUEROLA, Laureano: *Discurso leído en la sesión inaugural, el 29 de octubre de 1876 por el Excmo. Sr. D. --. Memoria, Bases y Estatutos, Junta Directiva y Facultativa. Cuadros de las enseñanzas. Lista de Sres. Accionistas. Donativos*, Madrid, Institución Libre de Enseñanza, s.f. [1876], p. III).

⁴ POSADA, Adolfo: *Política y Enseñanza*, Madrid, Daniel Jorro, 1904, p. 6.

la lectura, la alfabetización en las clases de adultos y la promoción de la lectura en medios populares por las bibliotecas populares y los espacios de sociabilidad popular.

Las huellas del analfabetismo

Uno de los rasgos socioculturales más significativos de la España contemporánea ha sido pues el analfabetismo. Hacia 1860 un 70%, aproximadamente, de la población de diez y más años no sabía escribir o leer. Dicho porcentaje descendería lentamente hasta el 56,2% en 1900, el 32,4% en 1930, y el 14,2% en 1950, de acuerdo con los datos oficiales facilitados por los censos de la población.

A mediados del siglo XIX, pues, tres de cada cuatro personas mayores de diez años eran incapaces de recibir información por sí mismas a través de la lectura o de comunicarse por escrito. «Centenares de pueblos hay también en nuestras provincias», reconocía un periódico oficial en 1834⁵, «en que a duras penas se encuentra quien sepa leer, quien entienda una escritura simple de un contrato verbal, quien pueda hacer un testamento cerrado, quien sea capaz de enterarse por sí mismo de las providencias superiores, de sus títulos de propiedad, ni de las actuaciones judiciales concernientes a sus derechos privados».

No carecían sin embargo estos analfabetos, mayoritarios en la población española (o representando un fuerte porcentaje de ella), de educación o de contactos con la cultura escrita. Pero sí de instrucción o dominio de la lectura y escritura. No habían pasado por la escuela, o ésta había sido en sus vidas una circunstancia meramente episódica. Un buen número había olvidado pues, por falta de práctica, las habilidades en ella torpe y malamente aprendidas. Los testimonios sobre el analfabetismo de retorno o por desuso no faltan, como el de Felipe Picatoste⁶.

En 1900, la proporción de analfabetos en la población española había descendido a dos de cada cuatro, y todavía, en 1940, se acercaba a una de cada cuatro. La lenta aunque progresiva disminución del analfabetismo no iba unida a una reducción en masa de los analfabetos. Y será a partir de estos datos globales sobre analfabetismo como se efectuaban las comparaciones internacionales.

En su estudio comparativo de la enseñanza primaria realizado para la cuarta sesión del Instituto Internacional de Estadística celebrada en Chicago en 1893, Emile Levasseur, profesor en el Colegio de Francia y presidente de la Comisión francesa de Estadística de la Instrucción Primaria, situaba por ejemplo en primera fila, entre los países con mayor porcentaje de población alfabetizada, a los Estados escandinavos, Alemania y Suiza, seguidos en el centro por los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Bélgica y Holanda. Más atrás, vendría España, junto a Austria, Hungría, e Italia, y, en última fila, Rusia, Serbia, y las repúblicas de América del Sur⁷.

⁵ «Instrucción pública», *Diario de la Administración*, Madrid, n.º 8 (8-1-1834), p. 30. Se trata de la presentación anónima del artículo de VICEDO Y ZAMORA, Serapio: «Sobre la posibilidad de generalizar la instrucción pública».

⁶ PICATOSTE, Felipe: «Leer, escribir y contar», en *Últimos escritos*, Madrid, Miguel Romero, 1892, p. 243.

⁷ LEVASSEUR, Émile: «Étude comparative de l'enseignement primaire dans les États civilisés», *Bulletin de l'Institut International de Statistique*, Roma, t. VIII/2 (1896), p. 305.

Frente al sentimiento de humillación por sentirse considerados como europeos «de segunda fila» en función de tales datos, se manifestó entonces en España la voluntad de reivindicar no obstante los progresos educativos realizados, encarándose así con la estadística comparada de la educación. Pero, ¿qué había de compararse, los índices de alfabetización, o los porcentajes de asistencia a la escuela primaria?

Ya, tras la publicación de un folleto de J. Manier en ocasión de la Exposición Universal celebrada en París en 1867, y en donde se incluía un mapa de la instrucción primaria en Europa en el que España aparecía, junto a Turquía y Rusia, como el país con más baja proporción de población alfabetizada, el director del madrileño Instituto del Cardenal Cisneros, Acisclo Fernández Vallín, iniciaba inmediatamente una campaña de prensa para demostrar que España no figuraba a la cola de Europa sino en un justo medio, al lado de Bélgica, Noruega, Holanda, y Gran Bretaña, «países bastante adelantados donde una parte considerable del pueblo no sabe leer ni escribir». Defendió estas ideas Fernández Vallín en un opúsculo de respuesta a Manier presentado en la Exposición Universal de París de 1878, y en donde afirmaba que «aun cuando hace algunos años una gran parte de la población no sabía leer ni escribir, ese número se ha reducido hoy de un modo muy notable, siendo muchas las provincias, casi todas las del Norte y Oriente, donde la instrucción popular iguala a la de los países más ilustrados de Europa»⁸.

En 1903, al prologar el segundo volumen del Censo de población de 1900 conteniendo los datos referidos a instrucción elemental, el director general del Instituto Geográfico y Estadístico reclamaba un examen detenido de los datos entonces publicados, combinándolos con la edad de los habitantes, ya que «de otro modo se correría el peligro de que las personas poco versadas en estadística calificasen de *analfabetos* a las dos terceras partes de los españoles»⁹. Lo que pretendía establecer era que por lo contrario «la cultura en España desde 1860 viene desarrollándose de un modo constante y progresivo». A idénticas conclusiones llegaría su sucesor en 1916, comentando los datos del Censo de 1910, de los que resultaba, según él, que «la relación de analfabetos [...] decrece paulatinamente, contra la opinión, generalmente extendida, de que España es un país de analfabetos»¹⁰.

Con todo, bien era verdad que la progresión del número de españoles alfabetizados era constante, unos 93.000 anuales en el último cuarto del siglo XIX, llegando a una media de 149.000 anuales entre 1900 y 1910. Y de 1860 a 1920, mientras la población total sólo crecía en un 36%, el número de personas alfabetizadas aumentaba

⁸ *Exposición Universal de París en 1878. La Instrucción popular en Europa. Rectificación del mapa de Mr. J. Manier publicado con motivo de la última Exposición Universal de París*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de Aribau y C^a, 1878, p. 14 (existe en ediciones en francés e inglés).

⁹ Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la Península e islas adyacentes el 31 de diciembre de 1900*, Madrid, Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1903, t. II, p. X. Ver también ARAUJO y GÓMEZ, Fernando: *Contribución al estudio de los problemas de Instrucción Pública. La Universidad y la Escuela. Organización comparada de las instituciones universitarias y Estadística comparada de la Instrucción primaria en todos los países cultos*, Toledo, Rafael Gómez Menor, 1903, 252 pp.

¹⁰ *Censo de la población de España según el empadronamiento hecho en la Península e Islas adyacentes el 31 de diciembre de 1910*, Madrid, Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1916, t. II, p. XIV.

en un 216%, seis veces más, porcentaje nada desdeñable pero que seguía siendo insuficiente para reducir el alto grado de analfabetismo e incorporar España dentro de los países europeos más adelantados¹¹.

Si esta progresión sensible de la alfabetización se debe por lo esencial al aumento de la tasa de escolarización juvenil en la red escolar, otros agentes, otras iniciativas han de tenerse en cuenta.

Los ámbitos de la educación popular

Así, al tiempo que se desarrollaban los sistemas escolares, aparecían nuevos ámbitos de actuación educativa, en los territorios limítrofes de aquéllos o claramente al margen suyo. De ese modo se constituyó un floreciente campo de actuación educativa al que hemos venido en denominar *educación popular*.

El propio término es engañoso, ya que bajo dicha denominación se han incluido significados muy diferentes, unos demasiado excluyentes y otros por lo contrario excesivamente laxos y amplios. En un intento de delimitación conceptual, hemos propuesto una definición, según la cual la educación popular abarcaría:

el conjunto de los procesos que pretenden la educación de las clases populares (o grupos sociales dominados, *subalternos* e *instrumentales* de toda sociedad, recogiendo la expresión gramsciana) —jóvenes no escolarizados en el circuito escolar, adultos no alfabetizados o deseando un complemento de formación—, realizados fuera —o paralelamente— de los circuitos y procesos escolares¹².

Dicha definición pretende ser amplia, abarcando diversas finalidades (promoción individual, liberación colectiva, control social e ideológico), diversos niveles formativos de carácter básico (alfabetización, enseñanza elemental, formación profesional, cultura general) y diversos agentes (el Estado, las clases medias o superiores, asociaciones recreativas e instructivas, organizaciones confesionales, la propia clase obrera). Pero al mismo tiempo, pretende delimitar un campo relativamente preciso.

La historia de la educación popular en España ha sido objeto de numerosas investigaciones en los últimos tiempos¹³. Del análisis de tales trabajos, se puede

¹¹ BOTREL, Jean-François: *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, pp. 303-331; GUEREÑA, Jean-Louis: «Le peuple et l'École. La demande populaire d'éducation au XIX^{ème} siècle», en AYMES, Jean-René; FELL, Eve-Marie y GUEREÑA, Jean-Louis (eds.): *L'enseignement primaire en Espagne et en Amérique latine du XVIII^e siècle à nos jours. Politiques éducatives et réalités scolaires*, Tours, Publications de l'Université de Tours («Études Hispaniques», VI-VII), 1986, pp. 83-98.

¹² GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA FERRER, Alejandro: «La educación popular», en GUEREÑA, Jean-Louis; RUIZ BERRIO, Julio y TIANA FERRER, Alejandro (eds.): *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, op. cit., p. 142. Ver también GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA FERRER, Alejandro: «Introducción», en *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX-XX. Coloquio hispano-francés*, Madrid, Casa de Velázquez-UNED, 1989, pp. pp. 15-16.

¹³ GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA FERRER, Alejandro: «La educación popular», op. cit., pp. 141-171; GUEREÑA, Jean-Louis: «La Educación popular a principios del siglo XX», en RUIZ BERRIO, J.; BERNAT MONTESINOS, A.; DOMÍNGUEZ, M.^a R. y JUAN BORROY, V. M. (eds.): *La Educación en España a examen (1898-1998). Jornadas nacionales en conmemoración del centenario del noventa y ocho*, Zaragoza, Ministerio de Educación y Cultura-Institución «Fernando el Católico», 1999, vol. II, pp. 13-16.

concluir que constituyó un conjunto de iniciativas muy diversas entre sí, que se caracterizan globalmente por su carácter externo al sistema educativo formal y por la extracción social de sus destinatarios, procedentes de las clases subalternas.

Analizada retrospectivamente, hay que destacar la contribución que la educación popular realizó para la difusión de la alfabetización y de la lectura. Ese hecho había sido puesto de manifiesto por Sylvia Harrop para el caso inglés¹⁴. Sin embargo, no ha sido hasta mucho más recientemente cuando se ha comprobado el mismo fenómeno para el caso español¹⁵. Esa incidencia puede hoy en día ser afirmada sin lugar a dudas, pese a que algunos autores todavía la minimicen.

Pero los datos resultan concluyentes: las tasas de alfabetización crecieron de manera evidente en muy diversas localidades y regiones españolas en las edades posteriores a las de asistencia escolar obligatoria, lo que indica que otros agentes no propiamente escolares influyeron en dicho crecimiento. Lo que sucede es que ese efecto no se dejó sentir con igual intensidad en toda España ni en todas las épocas. Los varones de las ciudades medianas y grandes se beneficiaron en mayor medida de dicha expansión, sobre todo hacia los años finales del período que aquí analizamos.

Pero no cabe duda de que el efecto resultó claramente apreciable en conjunto. La discrepancia de interpretaciones parece centrarse en la valoración del impacto que cabría esperar de la educación popular, más que en su efecto real, que nadie pone en duda. Diversos autores consideran en efecto que el impacto que tuvo sobre la alfabetización fue insignificante¹⁶, mientras que otros, entre los que nos contamos, lo creen significativo, pero insuficiente en relación con otros países¹⁷.

La influencia que ejerció la educación popular sobre la expansión de la lectura fue consecuencia de dos líneas de acción complementarias, que merece la pena analizar separadamente. Por una parte, se pusieron en marcha diversas clases de adultos, que tuvieron una intención generalmente alfabetizadora. En segundo lugar, se promovieron diversas iniciativas con la intención de fomentar la lectura entre las clases obreras y campesinas, ocupando las bibliotecas populares un lugar destacado en ese contexto, pese a sus deficiencias. La confluencia de ambas líneas de actuación explica el impacto que llegó a tener la educación popular sobre la expansión de la lectura.

La lectura en las clases de adultos

La primera línea de actuación estaba encaminada a facilitar el acceso a la lectura a los adultos que no la habían adquirido en la infancia o la habían olvidado

¹⁴ HARROP, Silvia: «Adult education and literacy: The importance of post-school education for literacy levels in the eighteenth and nineteenth centuries», en *History of Education*, vol. 13, n.º 3, 1984, pp. 191-205.

¹⁵ Ver, por ejemplo, TIANA FERRER, Alejandro: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, Madrid, CIDE, 1992, pp. 130-131.

¹⁶ HERNÁNDEZ DÍAZ, José M.ª: «Alfabetización y sociedad en la revolución liberal española», en ESCOLANO BENITO, Agustín: *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Ediciones Pirámide, 1992, pp. 80-81.

¹⁷ GUEREÑA, Jean-Louis: «Los orígenes de la educación de adultos en la España contemporánea», en ESCOLANO BENITO, Agustín: *op. cit.*, p. 302.

posteriormente por falta de práctica. Dicho de otro modo, el primer objetivo, por orden de prioridad tanto como cronológico, consistía en alfabetizar a los adultos.

A comienzos del siglo XIX, se evidencia ya la preocupación de los políticos liberales por la difusión de la lectura y la escritura entre la población española. La principal demostración de ese hecho puede encontrarse en la Constitución de 1812, cuyo artículo 25 establece que en el año 1830 deberán saber leer y escribir quienes hayan de ejercer la ciudadanía. Aunque esa disposición quedase en papel mojado, demuestra al menos que la difusión de la capacidad lectora se convertía en objetivo político para los sectores más progresistas del liberalismo español¹⁸.

En consecuencia, no debe extrañar que de manera paralela a la constitución del nuevo sistema educativo, se atendiese la tarea de la alfabetización de los adultos, que constituía por entonces un gran desafío. La concreción más habitual de esa empresa alfabetizadora sería la creación de clases de adultos, de distintas características y promovidas por diversos agentes, pero que en conjunto cabe considerar una de las acciones más características dentro del campo de la educación popular¹⁹.

Las primeras clases de adultos se inauguraron en España por iniciativa de las autoridades municipales, animadas a ello a partir de 1838 por diversas disposiciones del Gobierno central. Los principales estudiosos de esa acción educativa se han referido a ella como una «segunda red de alfabetización»²⁰. Por los datos que hoy poseemos, sabemos que fue una iniciativa que permaneció en estado embrionario entre 1840 y 1860, fecha ésta en que inició un cierto despegue, que se aceleraría durante la Restauración. Por otra parte, su público fue más propiamente adolescente y joven que adulto, y los libros y métodos pedagógicos aplicados, semejantes a los utilizados con los niños.

Habría que esperar a los años sesenta del siglo XIX para encontrar alguna obra pedagógica específicamente dedicada a la educación de los adultos, como podría ser la *Organización de las escuelas de adultos* de Luis Puig y Sevall en 1865²¹, de hecho el primero y mucho tiempo el único manual de referencia para maestros de escuelas de adultos²², o las *Lecciones de primera enseñanza para las escuelas de adultos* en 1868²³. Hay que señalar también que las clases de adultos gozaron

¹⁸ VIÑAO FRAGO, Antonio: *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea. Examen especial de sus relaciones en la enseñanza secundaria*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 3-17.

¹⁹ GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA FERRER, Alejandro: «La educación popular», *op. cit.*, pp. 148-150.

²⁰ GUEREÑA, Jean-Louis: «Los orígenes de la educación de adultos en la España contemporánea», *op. cit.*, p. 302; HERNÁNDEZ DÍAZ, José M.^a: «Alfabetización y sociedad en la revolución liberal española», *op. cit.*, p. 80.

²¹ PUIG y SEVALL, Jaime: *Organización de las Escuelas de adultos. Memoria premiada con una medalla de oro y el título de socio de mérito, en el concurso de 1864, por la Sociedad del Ateneo Balear*, Barcelona, Establecimiento tipográfico de Jaime Repús, 1865, 37 pp. Posteriormente, publicará *La ciencia del trabajo, o historia de una familia obrera. Nociones de economía política con aplicación a la industria y al comercio, puestas al alcance de los niños y de las clases populares. Obrita premiada por la Sociedad barcelonesa de amigos de la instrucción y aprobada por la autoridad eclesiástica*, Madrid, Librería de Hernando, 1876, 180 pp.

²² BERTOMEU Y GIMENO, J.: *Las Escuelas de adultos. Su organización y metodología o Pedagogía especial para la dirección de dichas escuelas. Obrita de utilidad para los señores Maestros de primera enseñanza, Diputaciones, Municipios, Ateneos y demás Sociedades interesadas en el fomento de la instrucción popular*, Barcelona, Librería de Juan y Antonio Bastinos, Editores, 1887, pp. 5-6.

²³ *Lecciones de primera enseñanza para las Escuelas de adultos. Nuevo método por J. M. C.*, Madrid, Imprenta y Librería de los Hijos de Vázquez, 1868, 64 pp.

de más vitalidad que las de adultas, que llevaron generalmente una vida más languideciente, además de contar con un currículo más reducido, en el que a duras penas se incluía la lectura²⁴.

Aunque sus promotores las concibieron como una serie de escalones formativos de creciente amplitud y profundidad, que cubrirían en conjunto la instrucción primaria elemental y superior y el acceso a la formación profesional, lo cierto es que en la práctica las clases de adultos se limitaron generalmente a ofrecer rudimentos de alfabetización. De esa opinión era Gil de Zárate en 1855:

Las escuelas de Adultos no se conocen todavía en España sino como establecimientos destinados a suplir la falta de instrucción primaria en los que han dejado de adquirirla durante su infancia²⁵.

Lo mismo seguía afirmando Cossío en 1915:

En realidad, las clases nocturnas de adultos son, en su mayor parte, escuelas de analfabetos²⁶.

Además, es necesario subrayar que no fueron solamente los poderes públicos quienes impulsaron las clases de adultos, sino que otros agentes sociales se sumaron progresivamente a esa tarea. Por una parte, a partir de los años cuarenta comienzan a aparecer algunas iniciativas impulsadas por los sectores más progresistas de la burguesía, incluyendo a los primeros socialistas utópicos españoles. Así, en 1841 Abdón Terradas proyecta un Gabinete de lectura con clases para obreros, en 1842 se crea la Escuela de Artesanos de Ramón de La Sagra, en 1847 se constituye la Velada de Artistas, Artesanos, Jornaleros y Labradores, impulsada por Inocencio María Riesco Legrand y antecedente del célebre Fomento de las Artes, y en 1849 se crea la Escuela de *El Trabajador* de Antonio Ignacio Cervera²⁷.

Posteriormente, a partir de los años sesenta, comenzarían a aparecer iniciativas propiamente obreras, como el Ateneo Catalán de la Clase Obrera (1861) o sus homónimos de Igualada (1863) y Manresa (1864), que preludiarían los posteriores centros instructivos socialistas o republicanos y los Ateneos obreros o libertarios de finales de siglo²⁸. Como reacción defensiva ante el auge de dichas instituciones, también se desarrollarían experiencias de distinto signo ideológico, entre las que

²⁴ GUEREÑA, Jean-Louis: «Las Escuelas de Adultas en España (1860-1885)», en *Mujer y Educación en España 1860-1975*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1990, pp. 454-466.

²⁵ GIL DE ZÁRATE, Antonio: *De la instrucción pública en España*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo-Mudos, 1855, t. I, p. 356.

²⁶ COSSÍO, Manuel B.: *La enseñanza primaria en España*, Madrid, R. Rojas, 1915, 2.ª ed. renovada por LUZURIAGA, Lorenzo, p. 128.

²⁷ GUEREÑA, Jean-Louis: «Los orígenes de la educación de adultos en la España contemporánea», *op. cit.*, p. 287, y «Les antécédents du Fomento de las Artes. La Velada de Artistas, Artesanos, Jornaleros y Labradores (1847-1858)», *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, t. 92, n.º 2 (julio-diciembre 1990), pp. 761-787.

²⁸ GUEREÑA, Jean-Louis: «Los orígenes de la educación de adultos en la España contemporánea», *op. cit.*, p. 290; TIANA FERRER, Alejandro: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, *op. cit.*

cabe destacar especialmente los círculos obreros católicos, los primeros de los cuales aparecieron en esas mismas fechas²⁹.

En todas esas iniciativas, las clases nocturnas de alfabetización y de instrucción primaria (lectura, escritura y aritmética) para adultos ocuparon un lugar central, aunque estuvieron generalmente acompañadas de otro tipo de actuaciones. En efecto, si las escuelas de adultos mantenidas por los ayuntamientos, que a partir de 1907 pasarían a depender del Estado, ofrecieron únicamente clases vespertinas o nocturnas, en los centros y ateneos mencionados dichas clases formaron parte de un conjunto formativo más completo e internamente estructurado.

Para entender el sentido que tuvieron las clases de adultos, hay que insistir en la diversidad de intenciones que animó a sus promotores. Ni siquiera para los poderes públicos, su objetivo sería simplemente instructivo. Desde sus primeros pasos históricos, las clases de adultos pretendían moralizar, al tiempo que instruían, difundiendo «costumbres de orden, aplicación y economía», en formulación de Laureano Figuerola³⁰. Para los sectores católicos, tanto para los más tradicionales como para los denominados *sociales*, la instrucción debía ir acompañada de formación moral y práctica religiosa. Como se diría en el *Resumen de las tareas* de la Asociación General para el Estudio y Defensa de los Intereses de la Clase Obrera:

¡Qué hermoso espectáculo el que ofrece el obrero católico asistiendo a las aulas donde perfecciona sus conocimientos, a la confluencia artística o científica que los aquilata y los depura, a la plática religiosa que le inspira alientos de resignación y mansedumbre, a los lícitos recreos que dan serena expansión al ánimo, tras las penosas fatigas de la labor diaria!³¹.

Por su parte, para las organizaciones de la clase obrera, la instrucción era un instrumento revolucionario, idea en la que insistieron especialmente los anarquistas y hacia la que se inclinaron los socialistas tras la superación de su inicial guesdismo. La lectura constituía pues uno de los medios más eficaces para combatir la ignorancia y estimular la emancipación social y cultural de las clases populares.

²⁹ ANDRÉS GALLEGU, José: «Los Círculos de obreros (1864-1887)», *Hispania Sacra*, vol. XXIX (1976), pp. 259-310, y «La labor formativa del catolicismo español», en BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, Bernabé (ed.): *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España. II Edad Contemporánea*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, pp. 835-867; RUIZ RODRIGO, Cándido: *Catolicismo social y educación. La formación del proletariado en Valencia (1891-1917)*, Valencia, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 1982; GUEREÑA, Jean-Louis: «L'Église et l'Éducation populaire à la fin du XIX^e siècle», en AYMES, Jean-René; FELL, Eve-Marie y GUEREÑA, Jean-Louis (eds.): *École et Église en Espagne et en Amérique latine -Aspects idéologiques et institutionnels*, Tours, Publications de l'Université de Tours (Serie «Études Hispaniques», VIII-IX), 1988, pp. 281-295; HERNÁNDEZ DÍAZ, José María: «Social Catholicism and Education in Spain, 1891-1936», en HAKE, Barry J.; STEELE, Tom y TIANA, Alejandro (eds.): *Masters, Missionaries and Militants. Studies of social movements and popular adult education 1890-1939*, Leeds, The University of Leeds (Leeds Studies in continuing education. Cross-Cultural Studies in the Education of Adults, Number 4), 1996, pp. 81-92.

³⁰ FIGUEROLA, Laureano: *Guía legislativa e inspectiva de instrucción primaria*, Madrid, Librería Europea de Hidalgo, 1844, p. 71.

³¹ UGARTE, Javier: *Asociación para el estudio y defensa de los intereses de la clase obrera. Resumen de las tareas de la misma, por el Secretario general*, D. --, Madrid, Tip. de San Francisco de Sales, 1895, p. 10.

Una muestra palpable del sentido revolucionario que concedían las organizaciones obreras a la lectura se encuentra en el acta del 16 de febrero de 1874 de la Comisión Federal de la Región Española, donde se informa acerca de la situación en Sanlúcar de Barrameda:

Los compañeros detenidos en el castillo están sufriendo los más infames atropellos. El militarismo ha prohibido la lectura de toda clase de libros, porque los detenidos que saben leer enseñaban a los otros compañeros³².

En este tipo de centros, de uno u otro carácter, las clases de instrucción primaria fueron acompañadas de una amplia oferta de bibliotecas, veladas culturales, grupos artísticos, bolsas de trabajo, actividades recreativas o asesoramiento laboral.

No es extraño que, ante esa diversidad de intenciones, la lectura fuese concebida muchas veces como un vehículo formativo y no sólo como un saber instrumental. A través de la lectura, se pretendía conseguir una formación ciudadana, religiosa o revolucionaria, según los casos. Por lo tanto, el carácter de las lecturas realizadas constituía una cuestión fundamental.

El conocido militante Ángel Pestaña, nacido en 1886, cuenta así cómo su «iniciación en las cuestiones sociales fue la lectura de un artículo de un semanario que se publicaba en Murcia»³³:

Como los artículos doctrinales y los filosóficos no los entendía, mis preferencias eran para los literarios y sentimentales. Entre ellos hallé uno donde el autor relataba con trazo fuerte y emocionante su vida rota y destruida a causa de haber estado en la guerra de Cuba. Era tal y tan convincente el acento patético empleado para maldecir la guerra y las causas que la engendraban, que me sentí profundamente conmovido en lo más íntimo de mi ser. Pero la emoción se trocó en curiosidad inexplicable cuando ya en los últimos párrafos del artículo decía el autor que sólo la anarquía y los anarquistas acabarían con tantos males, implantando en la tierra el reinado del amor, de la justicia y de la fraternidad³⁴.

Las bibliotecas populares y el fomento de la lectura

La enseñanza de la lectura fue la primera y más importante línea de actuación de las instituciones de educación popular creadas en el siglo XIX, pero en modo alguno la única. Tras aprender a leer, había que practicar efectivamente la lectura y con esa intención surgen las bibliotecas populares y otras iniciativas semejantes.

Al igual que ocurrió con las clases de adultos, también en el impulso de las bibliotecas populares confluyeron diversos agentes. Por una parte, los poderes públicos crearon un cierto número de ellas, si bien podría decirse que actuaron en este campo con la misma timidez que en relación con las clases de adultos. Por

³² Asociación Internacional de los Trabajadores, *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)*, Barcelona, Universidad de Barcelona. Facultad de Filosofía y Letras, 1969, t. II, p. 301.

³³ PESTAÑA, Ángel: *Lo que aprendí en la vida*, Madrid, M. Aguilar, Editor (Confesiones de nuestro tiempo), s.f., p. 117. El semanario en cuestión era *El Obrero Moderno*.

³⁴ *Ibid.*, pp. 117-118.

otra parte, diversas instituciones privadas, de origen burgués u obrero, se sumaron a dicha tarea.

Las bibliotecas populares promovidas por el Estado surgieron en el contexto de un proceso de creación de bibliotecas públicas, que tuvo su origen en la incautación de las propiedades eclesiásticas desamortizadas³⁵. Tras la creación de las bibliotecas provinciales en la época isabelina, les llegaría el turno durante el sexenio revolucionario a las denominadas «populares», que han sido estudiadas con bastante detalle por Antonio Viñao Frago³⁶. Su vida se extendería hasta bien entrado el siglo XX, aunque con períodos de diversa vitalidad.

De ellas, puede decirse que no eran bibliotecas escolares, aunque en muchas ocasiones se ubicasen en las escuelas, y que tampoco estaban destinadas prioritariamente a los obreros de la ciudad. El Gobierno progresista las impulsó pensando sobre todo en atender al desarrollo cultural de las zonas rurales del país. No obstante, su público parece que estuvo compuesto sobre todo por habitantes de localidades de tamaño intermedio. Con el paso de los años, muchas de ellas se implantarían en centros urbanos importantes, merced al impulso de sociedades de diversa adscripción social, política y confesional.

Las bibliotecas populares impulsadas desde el Ministerio de Fomento fueron consideradas instituciones complementarias de las actividades de alfabetización e instrucción primaria para adultos. De hecho, en el célebre *Diccionario de Pedagogía* de la editorial Labor, de 1936, se calificaban como «las escuelas del adulto que se instruye por sí solo»³⁷. Entre 1869 y 1885 se registra la creación de 1085 bibliotecas de ese tipo, con un número medio de unos 200 libros en cada una de ellas, cifra ciertamente exigua. Desde luego, la iniciativa era tímida si la comparamos con lo que sucedía por entonces en otros países, como Francia, donde Madeleine Rebérioux denomina el período 1860-1890 como «le temps des bibliothèques», creándose unas 30.000 en esos treinta años³⁸.

Espacios de sociabilidad popular

Esas cifras tan reducidas se verían incrementadas, aunque sin llegar a ser espectaculares, por la iniciativa de diversos agentes sociales que crearon algunos ateneos y otras asociaciones instructivas o recreativas. Por ejemplo, el Fomento de las Artes, una sociedad madrileña no específicamente popular en la que se instruyeron algunos importantes líderes obreros, como es el caso del anarquista Anselmo Lorenzo³⁹, mantuvo una importante biblioteca, cuyo catálogo revela la baja

³⁵ BARTOLOMÉ, Bernabé: «Las Bibliotecas Públicas Provinciales (1835-1885): un intento de promoción de la lectura en España», *Revista de Educación*, Madrid, n.º 288 (1989), pp. 271-305.

³⁶ VIÑAO FRAGO, Antonio: «A la cultura por la lectura. Las bibliotecas populares (1869-1885)», en GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA, Alejandro (eds.): *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX-XX*, op. cit., pp. 301-335.

³⁷ *Diccionario de Pedagogía*, Barcelona, Editorial Labor, 1936, p. 407.

³⁸ REBÉRIOUX, Madeleine: «Les expériences d'éducation populaire en France, 1830-1958», en GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA, Alejandro (eds.): *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX-XX*, op. cit., pp. 29-33.

³⁹ LORENZO, Anselmo: *El proletariado militante. Memorias de un Internacional. Primer período de la Asociación Internacional de los Trabajadores en España*, Barcelona, Antonio López, Editor, s.f. [1901], pp. 17-29.

proporción de los libros de ilustración y recreo, y el elevado número de los de ciencias morales y políticas, literatura, y ciencias exactas, físicas y naturales⁴⁰. También muchos círculos obreros católicos contaron con bibliotecas, como lo hicieron los círculos instructivos de obreros republicanos⁴¹. Para principios del siglo XX, época de nacimiento de las casas del pueblo socialistas, podemos referirnos a las 335 sociedades obreras que los responsables de la encuesta sobre asociaciones del Instituto de Reformas Sociales clasifican en 1916 como «sociedades instructivo-recreativas»⁴², destacándose la irradiación, más particularmente en Andalucía, del «republicanismo cultural», aparecido a fines del siglo XIX y aún demasiado poco conocido⁴³.

Entre las bibliotecas que pudiéramos calificar de populares por el origen social de sus promotores y no sólo por sus destinatarios, debemos destacar las creadas por las organizaciones obreras. Es necesario señalar que dichas bibliotecas formaron parte generalmente de un entramado cultural y asociativo de propósitos no simplemente instructivos. Aunque muchas no contaron con un número excesivo de libros ni de lectores, hay que subrayar la relevancia del hecho mismo de su constitución, pues demuestra la importancia que sus promotores les concedieron.

El Ateneo Obrero o más tarde la Casa del Pueblo no son solamente «el Casino del Pobre», la otra cara del casino burgués, sino un verdadero proyecto cultural global, articulando un espacio de convivencia y de cultura popular. Núcleos de difusión cultural y de formación militante, estos centros culturales obreros concretaban una nueva sociabilidad donde la educación y la cultura desempeñaban un papel central (escuelas, bibliotecas, cuadros teatrales, orfeones...).

Estos espacios de sociabilidad popular constituyen pues a la vez lugar de producción y de consumo cultural. Es en ellos donde los productos culturales adquieren significado y público. Apuntemos la importancia de las *veladas teatrales*, con repertorio alternando obras de militantes o de intelectuales militantes más o menos conocidos (como Meliá, Torralva Beci)⁴⁴, y obras ya consagradas en otros escenarios

⁴⁰ VIÑAO FRAGO, Antonio: «A la cultura por la lectura. Las bibliotecas populares (1869-1885)», en GUEREÑA, Jean-Louis y TIANA, Alejandro (eds.): *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX-XX*, op. cit., pp. 324-334.

⁴¹ RUIZ RODRIGO, Cándido: op. cit.; TIANA FERRER, Alejandro: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, op. cit.

⁴² Instituto de Reformas Sociales. Sección tercera, *Estadística de Asociaciones. Censo electoral de Asociaciones profesionales para la renovación de la parte electiva del Instituto y de las Juntas de Reformas Sociales y relación de las Instituciones no profesionales de ahorro, cooperación y previsión en 30 de Junio de 1916*, Madrid, Sobrinos de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1917, pp. 397-408. La mayor parte de las asociaciones indicadas se constituyó entre 1910 y 1916. La estadística anterior recogía por su parte en 1904 sólo 79 *Sociedades instructivo-recreativas*, a las que cabe añadir 87 *Sociedades corales y musicales* (Instituto de Reformas Sociales, *Estadística de la asociación obrera en 1º de noviembre de 1904 formada por la Sección 3ª técnico-administrativa*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1907, p. 284).

⁴³ Ver ROMERO MAURA, Joaquín: *La Rosa de fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana trágica 1899-1909*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1974, pp. 416-418; REIG, Ramir: *Obrers i ciutadans. Blasquisme i moviment obrer*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1982, pp. 356-362; DUARTE, Ángel: *El Republicanisme català a la fi del segle XIX*, Vic, Eumo Editorial, 1987, pp. 54-56, 89-90 y 161-189.

⁴⁴ RUBIO JIMÉNEZ, Jesús: *Ideología y teatro en España: 1890-1900*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza-Libros Pórtico, 1982, pp. 122-131; BELLIDO NAVARRO, Pilar: *Literatura e ideología en la prensa socialista (1885-1917)*, Sevilla, Ediciones Alfar, 1993, pp. 107-159.

(de Galdós —*El Abuelo*—, Blasco, Guimerá —*Tierras Bajas*—, Zorrilla, Álvarez Quintero, Echegaray —*El Gran Galeoto*—, Benavente, sin hablar claro está del «inevitable» Juan José de Dicenta)⁴⁵ y de las *veladas musicales* (o intermedios musicales entre las funciones teatrales), con por ejemplo canciones e himnos de los orfeones socialistas en las Casas del Pueblo⁴⁶.

Una faceta importante de la labor cultural de estos centros obreros o populares, la constituía su biblioteca. Conocemos por ejemplo los catálogos de las bibliotecas de algunos de estos centros, como la del *Ateneo Obrero Barcelonés* en 1893 y la biblioteca circulante del *Ateneo Obrero de Gijón* en 1917, estudiados por José-Carlos Mainer en un estudio pionero⁴⁷, o la biblioteca de la Casa del Pueblo de Valencia a principios del siglo XX, conocida gracias a Amparo Álvarez Rubio, con datos sobre fondos y lecturas, destacando la prepotencia de la literatura⁴⁸.

Una muestra importante de las bibliotecas de este tipo, correspondientes a la región asturiana, ha sido descrita y analizada por Ángel Mato⁴⁹. De acuerdo con su información, en los primeros años del siglo XX funcionaban en Asturias más de doscientas sociedades con fines culturales, clasificadas en cuatro grandes categorías (ateneos, sociedades de cultura e higiene, sociedades de instrucción y recreo y organizaciones sindicales), que contaban con sus correspondientes bibliotecas. La principal de todas ellas, la del Ateneo Obrero de Gijón, que llegó a tener más de 10.000 volúmenes y resulta destacable incluso en el contexto nacional, ha sido estudiada por José-Carlos Mainer⁵⁰, y más recientemente por Jorge Uría⁵¹. Es cierto, no obstante, que no toda España tuvo la misma vitalidad en cuanto a la creación de bibliotecas obreras, siendo posiblemente Asturias, junto a Madrid y Cataluña, las regiones más activas.

Pero una cosa es el catálogo de obras disponibles (constituido a menudo mediante donativos y no gracias a un plan metódico de adquisiciones), otra la lectura, o, por lo menos, la consulta (el préstamo a domicilio) de los libros ofrecidos, y que pueda arrojar luz sobre prácticas culturales populares, gustos y mentalidades.

El valioso talonario de recibos de salida y devolución de libros prestados a los lectores de la biblioteca de la *Sociedad de Ebanistas y Similares de Madrid* entre el 16 de setiembre de 1912 y el 19 de agosto de 1913, conservado en el fondo de manuscritos de la Biblioteca de la Universidad de California en Berkeley, ha sido

⁴⁵ SERRANO, Carlos: «Notas sobre teatro obrero a finales del siglo XIX», en *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, CSIC (Anejos de la Revista *Segismundo*, 5), 1983, pp. 276-277.

⁴⁶ GUEREÑA, Jean-Louis: «Les orphéons socialistes et leur répertoire au début du XX^e siècle», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, Bordeaux, n.º 20 (diciembre de 1994) [*Sociétés musicales et chantantes en Espagne (XIX^e-XX^e siècles)*], pp. 112-127.

⁴⁷ MAINER, José-Carlos: «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fernando Torres, 1977, pp. 173-239.

⁴⁸ ÁLVAREZ RUBIO, Amparo: «La Biblioteca de la Casa del Pueblo de Valencia: aspectos de una cultura popular», en *Estudis d'història contemporània del País Valencià*, Valencia, Universidad de Valencia, n.º 6, 1982, pp. 295-316.

⁴⁹ MATO DÍAZ, Ángel: «Bibliotecas populares y lecturas obreras en Asturias (1869-1936)», en ESCOLANO, Agustín: *op. cit.*, pp. 335-362.

⁵⁰ MAINER, José Carlos: *op. cit.*, pp. 233-236.

⁵¹ URÍA, Jorge: «Cultura y comunicación de masas en Asturias (1931-1934). Aproximación a su estudio», *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 31 (octubre-diciembre 1984), y *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, Publicaciones Unión, 1996, pp. 231-250.

analizado por Luis Monguío⁵². De los títulos prestados, la mitad son obras de ficción, relatos, cuentos o novelas. Si la novela española está presente (el autor más leído es Manuel Ciges Aparicio, y después Galdós, Eduardo López Bagó, Antonio Zozaya...), las obras que más circulan son extranjeras, francesas particularmente (Emile Zola, Eugène Sue, Victor Hugo). Destacan también las obras de tema anticlerical y científico (Reclus, Flammarion, Darwin...).

En la biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid, las materias que más interesaban a los trabajadores madrileños en los años 30 eran precisamente la literatura (con autores como Galdós o Blasco Ibáñez) y sólo en segundo lugar las Ciencias sociales. En 1932, sobre un total de más de 16.000 volúmenes consultados (en sala y en lectura a domicilio), 8.500 eran obras literarias y 3.360 de Sociología y Derecho⁵³.

La mayoría de estas bibliotecas tenía pues el carácter de circulante, esto es, privilegiaban el préstamo de libros a sus lectores sobre la lectura en sus propios locales. Los pocos registros de préstamos que han llegado hasta nosotros confirman el uso efectivo de esa modalidad, si bien con diversa intensidad. Por otra parte, sabemos que los libros en ellas depositados servían no sólo para la lectura individual sino también para la colectiva, una práctica muy difundida durante buena parte del siglo XIX y muchas veces reprimida⁵⁴. Por ejemplo, en octubre de 1884 se publicaba en Barcelona un bando según el cual «siendo las fábricas un sitio exclusivamente destinado al trabajo, queda prohibida desde hoy en ellas la lectura de los periódicos y demás papeles públicos»⁵⁵.

A comienzos del siglo XX, todavía muchos centros obreros socialistas y anarquistas mantenían grupos de lectura, donde los compañeros más cultos leían en voz alta algún pasaje de un libro, que después era comentado y debatido por los asistentes al acto⁵⁶.

Además de enseñar a leer y de poner los libros a disposición de los trabajadores, algunas organizaciones dieron un paso más allá y se preocuparon por orientar la lectura de sus asociados. Era habitual, por tanto, que las casas de los militantes, ávidos lectores y autodidactas, se llenaran de libros⁵⁷. Una primera modalidad de actuación de este tipo consistiría en la edición de listas de libros recomendados, como la que publicó Rafael Altamira, con el título de *Lecturas para obreros (Indicaciones bibliográficas y consejos)* en el contexto de las actividades de la extensión

⁵² MONGUÍO, Luis: «Una biblioteca obrera madrileña en 1912-1913», *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, t. LXXVII, n.º 1-2 (1975) pp. 154-173.

⁵³ Casa del Pueblo de Madrid, *Memoria de la Junta administrativa*, Madrid, s. ed., 1933, p. 18.

⁵⁴ DÍAZ DEL MORAL, J.: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas-Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1929, pp. 191-192.

⁵⁵ *Diario de Barcelona*, n.º 278, 4-X-1884, p. 4050.

⁵⁶ GUEREÑA, Jean-Louis: «Las Casas del Pueblo y la educación obrera», *Hispania*, Madrid, vol. LI, n.º 178 (mayo-agosto de 1991), p. 676; ARIAS, Luis y DE LUIS, Francisco: *La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)*, Madrid, UGT, 1998, p. 4.

⁵⁷ Sobre las bibliotecas privadas de militantes anarquistas, ver MARIN, Dolors: *De la llibertat per conèixer al coneixement de la llibertat. L'adquisició de cultura en la tradició llibertària catalana durant la dictadura de Primo de Rivera y la Segona República espanyola*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1996, pp. 133-146, y NAVARRO NAVARRO, Francisco Javier: *La cultura libertaria en el País valenciano (1931-1939): sociabilidad y prácticas culturales*, tesis doctoral, Universitat de València, 2000, t. II, pp. 702-705.

universitaria ovetense⁵⁸, o como las que publicarían *La Revista Blanca* o *El Socialista*. Una segunda modalidad consistiría en la divulgación cultural y científica, como la desarrollada por *La Ilustración Obrera* (1904-1906), semanario ilustrado obra de Masgrau y Planas⁵⁹. Una tercera modalidad de actuación consistiría en la publicación de obras específicamente concebidas para el público obrero, entre las que destacan diversas colecciones de narraciones breves⁶⁰, sin olvidar las composiciones poéticas publicadas en la prensa obrera, destacadamente la anarquista⁶¹.

Pero estos últimos tipos de actuaciones comienzan ya a escapar al ámbito propio de la educación popular y a abrirse hacia un espacio más amplio, correspondiente a la historia de la producción y el consumo cultural de las clases populares, que se sale de los límites de la reflexión autoimpuesta en este trabajo y requiere un tratamiento independiente, aunque estrechamente relacionado⁶².

⁵⁸ ALTAMIRA, Rafael: *Lecturas para obreros (Indicaciones bibliográficas y consejos)*, Madrid, Imprenta de Inocente Calleja (Biblioteca de «La Revista Socialista», II), 1904, 21 p.

⁵⁹ MAINER, José Carlos: *op. cit.*, p. 221.

⁶⁰ ARIAS, Luis y DE LUIS, Francisco: *op. cit.*; LITVAK, Lily: *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, Madrid, Taurus, 1982.

⁶¹ AUBERT, Paul; BREY, Gérard; GUEREÑA, Jean-Louis; MAURICE, Jacques y SALAÜN, Serge: *Anarquismo y Poesía en Cádiz bajo la Restauración*, Córdoba, Ediciones de La Posada (Colección Díaz del Moral, 7), 1986, 217 pp.

⁶² GUEREÑA, Jean-Louis: «Hacia una historia socio-cultural de las clases populares en España (1840-1920)», *Historia Social*, Valencia, n.º 11 (Otoño 1991), pp. 147-164, y «Prácticas culturales de las clases populares en la España contemporánea», *op. cit.*; BOTARGUES I PALASÍ, Meritxell: *Consumo cultural en la ciudad de Lleida (1808-1874)*, Lleida, Universitat de Lleida/Pagès Editors, 2000, 330 pp.